ESCULTURA

LA luz cae por la ventana y provoca
un hervor de polvo cuya efervescencia nubla
la faz sin resplandor y sin dolor.
El espíritu aniquilado perdura en la madera, la huella

de la pobreza o la virtud, y la pintura se descostra
para librar al espíritu de su lápida burbujeante,
vibrando de enmohecida luz. ¿Indiferencia?
La larga cara de madera, fija en su pura aceptación,

se precisa hasta decir, *Esto es santidad. No los sables*
de unas alas, transparentes como la hostia, hincados en la temblorosa
materia del cielo, sino humanidad reducida
por el conocimiento propio hasta caber en su aureola de polvo.

El alma desea, en la hora que deja solitario
entre la llegada y la partida, en la intermitente
y obstinada luz cuando, por su camino,
el rojo pulso del mundo suena remotísimo.

HARDIE ST. MARTIN